EL CUENTO SEMANAL

30 céntimos

Ilustraciones de N. MONTERO

El Cuento Semanal

SE PUBLICA LOS VIERNES

OFICINAS: Fuencarral, núm. 90.--MADRID

Apartado de Correos 409.

Director literario: EMILIO CARRERE

AÑO V. — 21 de Julio de 1911. — NUM. 238

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias: Trimestre, 3,50 pesetas. Semestre, 6,50 pesetas. Año, 12. Extranjero: Semestre 10 pesetas. Año, 18.

Anuncios á precios convencionales.

Número suelto: 80 céntimos.

Fotografía, BOLA, 12, planta baja

Esta nueva casa, sucursal de la de **YO**, cuenta con grandes salones para toda clase de trabajos, y especialmente para **BODAS**, cumpliendo cuanto ofrece, que es: **6 americanas y una ampliación de 30 por 40**, grupo de dos personas, por 17 pesetas.

Presentando este anuncio da 7 por 6
Un kilométrico, hasta 3 personas, 3 pesetas
Abierto hasta las **DOCE** de la noche.

Antinervioso HOWARD

Fónico incomparable, de eficacia indiscutible (probada durante muchos años) para corregir las alteraciones del sistema nervioso. Su preparación en píldoras facilita el uso y no hay **NEURASTENIA** que se resista á su poder. Rechácese toda caja que no sea de esta y carezca del nombre de sus propietarios.

Pérez Martín Velasco y Comp.ª

LEASE BIEN EL PROSPECTO

PASTILLAS CRESPO de Mentol y Cocaina

Su preparación esmerada y exacta dosificación las acredita desde hace más de 15 años como el mejor medicamento para la garganta, el más agradable de tomar y el mayor calmante **DE LA TOS**. No contienen opio ni sus compuestos; no ensucian el estómago y quitan la inflamación de las mucosas.

Pesetas, 1'50 la caja

Por mayor: PEREZ MARTIN VELASCO Y C.ª

MADRID, Calle de Alcalá. 7, MADRID

REMEDIO DIVINO

ANTIRREUMATICO infalible en todas las manifestaciones de tan general y molesta enfermedad. Su éxito es seguro; á la primera fricción atenúa el dolor por intenso que sea, y con muy pocas más desaparece. Su uso es fácil, cómodo y de positivo resultado.

Pesetas, CINCO el frasco

IMPORTANTE

A todos los que se suscriban á **EL CUENTO SEMANAL** por el segundo semestre del presente año, previo pago anticipado de 6,50 pesetas, se les regalará una elegantísima tapa para la encuadernación del mismo, la cual se les servirá con el último número del mes de Diciembre próximo.

Dirigirse á la Administración de EL CUENTO SEMANAL, Fuencarral, 90, bajo

NUESTRO NÚMERO PRÓXIMO PUBLICARÁ

"ADIOS A LA BOHEMIA"

POR PIO BAROJA

CARMEN DE BURGOS (COLOMBINE)

EL HONOR DE LA FAMILIA

I

La luz que se escapaba bajo la gran pantalla verde del quinqué de petróleo, esclarecía apenas un ángulo de la estancia. El vasto salón de artesonado techo, encaladas y altas paredes macizas, mal encubierto el desquebrajado piso de ladrillos con la estera de pleita blanca, tenía un aspecto de fría soledad. El grupo de mujeres sentadas junto á la mesa, parecía perdido entre la sombra de los grandes pliegues de cortinones pesados y polvorientos. Las viejas sillas de caoba, con deslucida tapicería de damasco encarnado, formando juego con el sofá y los grandes butacones, se alineaban á lo largo de los muros y alternaban con algunas consolas, cornucopias y vargueños. En el testero principal, adosada á la pared, una mesa de piedra de mármol, caprichosamente recortada y sostenida por columnas salomónicas, sustentaba la urna del niño Jesús la imagen de la Dolorosa, dos enormes ramos de flores de trapo y frutas de cera, ocultas bajo fanales de cristal. Dos candelabros, con las bujías sin encender, ocupaban los ángulos salientes de la mesa; y delante del Niño, que reposaba en su cuna de pajitas doradas, ardía la mariposa, lanzando reflejos inciertos y mortecinos, que iban á quebrarse en las ricas y bordadas vestiduras del pequeño Jesús.

Clavados en la pared, que ostentaba una bella franja de antiguos azulejos, se veían acá y allá algunos grandes cuadros de gruesos marcos dorados y negros; lienzos con pinturas de santos sombríos, atenazados y sufrientes, entre los que sonreía, con sus colores de cromo barato, la morena Concepción de Murillo, rodeada de los amores alados que revolotean en torno del dosel formado por la media luna á su desnudo piececito. Algún que otro retrato de familia, hechos, la mayoría en daguerrotipia, alternaba con los cuadros religiosos. Caballeros con uniformes, hábitos santiagueses ó antiguos vestidos de gran señor. Todos serios, en actitudes correctísimas, los pechos llenos de cruces y bandas, puestos los guantes y cerca de la mano el sombrero ó la tizona; no faltaba alguna dignidad eclesiástica, y severas damas, con los cabellos ceñidos, honesto el descote, negro el traje y caída la mano que, saliendo de entre encajes blancos, sostenía el pañuelo ó el abanico. Todos graves, todos poseídos de su alta dignidad, de su nobleza; hasta los adolescentes y las niñas parecían viejas con el amarillear de las carnes enranciadas en la antigua y resquebrajada pintura.

Imágenes escapadas de aquellos lienzos parecían las damas silenciosas cerca de la mesa camilla con tapete verde, sobre la que lucía el quinqué, alumbrando cestillos de labor y algunos devocionarios encuadernados en tafilete negro. Eran cuatro mujeres, todas vestidas lo mismo, con cuerpos ceñidos y vueludas faldas de merino negro. Sus extraños rostros, de una grasienta y sedosa tersura, estaban coronados por la cabellera cenizosa que recordaba á los florentinos pintados por Fratelline, Valterra y Nanteuiel.

Representaban tres generaciones de la familia de los ilustres Girones de Toledo, la más rancia nobleza de Castilla. Un su abuelo, descendiente en línea recta de Ataulfo, combatió al lado de Don Pelayo en Covadonga, empezando en él la genealogía de esforzados varones, entre los que se contaban santos como Domingo de Guzmán, esforzados guerreros y famosos favoritos de los reyes castellanos. Las crónicas de la familia estaban llenas de lauros y proezas; hasta una Doña Blanca de Girón tuvo un hijo bastardo de un monarca; y otra, Doña Elvira, compartió el tálamo de un infante heredero, aunque su temprana muerte no le permitió subir al trono. De virtuosas y bellas tuvieron siempre fama las mujeres de la familia. A las rejas de aquel vetusto

palacio toledano suspiraban los más galanes caballeros de la corte de Alfonso VII, y sus muros albergaron visitas regias, como constaba en las ya casi ilegibles lápidas del patio. La decadencia de la familia se marcó al acabar la dinastía de los Austrias.

Después de los tiempos heroicos, los nobles guerreros se habían convertido en palaciegos, papel que no cuadraba á los Girones; su prestigio se vió comprometido más de una vez en las intrigas de las camarillas, y ya en tiempo de Fernando VII, el último marqués de Girón, se retiró á la casa solariega, disgustado de que se desconocieran sus servicios y renegando de los afrancesados. Con las últimas vicisitudes políticas los bienes de la familia habían sufrido un gran quebranto. Don César no se dedicó á desempeñar su hacienda, que oficio impropio de su nobleza era el de la economía, y se contentó con hacer á su hijo guerrero y encerrar á su hija en un convento, aprovechando el asilo que éstos ofrecían á las segundonas sin dote para ocultar su pobreza.

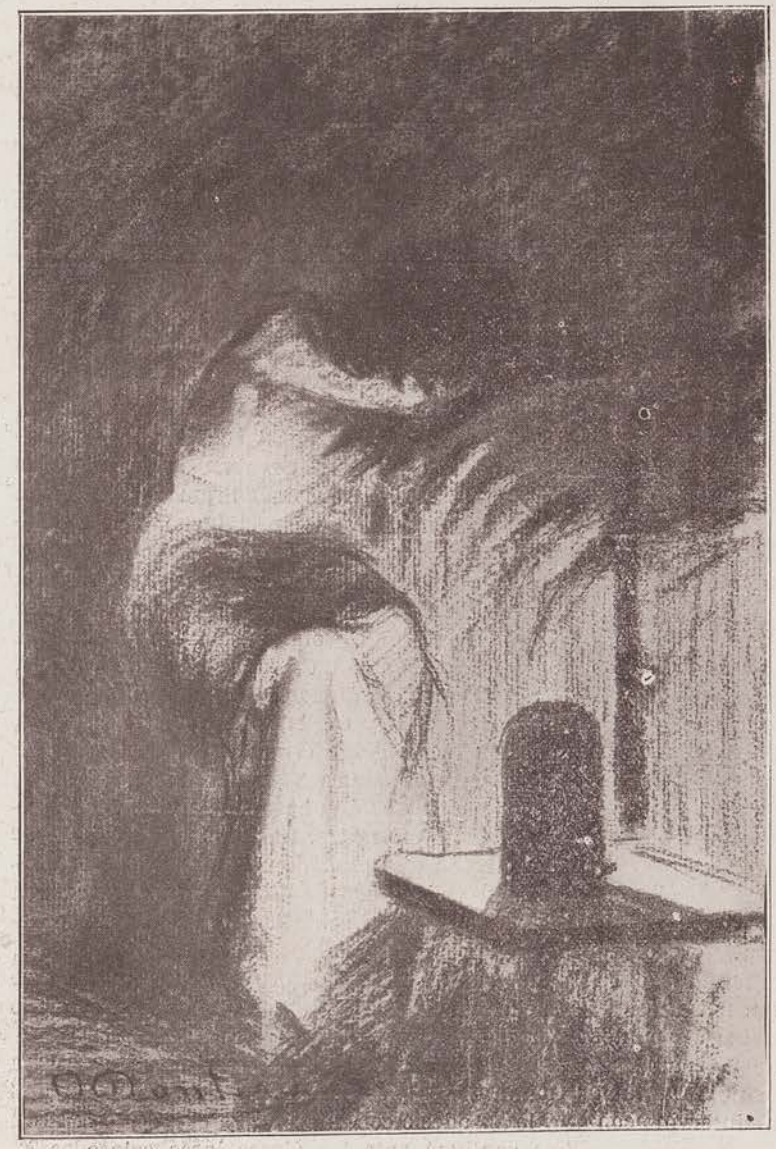
Fruto de aquel hijo militar, en quien se extinguió prematuramente la línea masculina de los Girones de Toledo, habían sido Solita y Aldonza, á las que el abuelo educó de modo que supieran perpetuar la grandeza de la familia. Su tía la monja, infiltró en el alma de las dos niñas el soplo de la fe, prohibiéndoles todo estudio y toda lectura que no fuese la de devocionarios y libros piadosos. El abuelo, por su parte, les hablaba de su nobleza, de la alta misión histórica, del deber de no presentarse jamás sin el esplendor debido á la ilustre alcurnia de la familia; les inspiraba horror á la actual sociedad inmoral y afrancesada. Ellas no podían ya figurar en una corte donde se recibía á los advenedizos enriquecidos; su sangre ilustre no debía unirse á la de un plebeyo cualquiera; la grandeza de España no se mancharía jamás con especulaciones ni industrias. Don César les señalaba el claustro como su destino; y si no estaban ya en él era por el egoísmo del viejo, deseoso de tener quien le cuidara en sus achaques; pero hacían dentro del vetusto palacio una verdadera vida monjil.

El disgusto del casamiento de Aldonza aceleró la muerte del buen Don César, que bendijo en su primogénita Solita, heredera del título de Toledo, la última esperanza de su linaje. Pero á Solita le estaban reservadas muy duras pruebas. Su cuñado falleció de una caída del caballo, y su hermana, enamorada, le siguió á las pocas semanas al sepulcro. Se quedaba Solita al frente de una familia de tres niñas, la mayor de tres años, y la pequeña de cinco meses de edad. Ella era la cabeza de familia y no podía dejar abandonadas á las que llevaban su ilustre apellido. La Marquesa hubo de pensar en ingeniarse. Retirada en su palacio, haciendo observar á los dos viejos servidores que le quedaban la más escrupulosa vigilancia, se dedicó á sostener, ella sola, el honor y prestigio de la familia. Le fué preciso trabajar, hacer números, para desempeñar ó vender fincas, hasta quedarse con la modesta renta que, administrada con cordura, aún permitía en Toledo cierta apariencia de bienestar, y hasta reunir unos cuantos pobres los sábados, para repartirles en piezas de á dos cuartos, dos ó tres pesetas, á fin de que pidieran por la salud de los vivos y el descanso de los ilustres Girones.

Solita educó á las niñas como la habían educado á ella, ni paseos, ni amigas, ni lecturas, sin más mundo que el suyo, ni más norte que la fe de Cristo; las dos mayores eran dos santitas, incapaces de pensar en nada, sensibles y buenas, que lloraban los dolores de María y la agonía de Jesús con verdadero sentimiento; pero la pequeña, Aldonza, con el nombre de la madre heredó algo de su locura: se casó con un teniente á pesar de la oposición y el escándalo de todos. Bien caro lo había pagado. No quería recordar Solita cuantos disgustos en aquellos doce años que duró el matrimonio de su sobrina, la cual, al morir, le dejó la enorme carga de otras dos muchachas huérfanas. Aquel aumento de familia la había obligado á hacer muchas concesiones para salir adelante. Tuvo que dividir el viejo palacio, para construir algunas viviendas á fin de alquilarlas, reservándose ella el salón y el gran patio de entrada. En el ala izquierda, donde el infante Don Genaro iba á jugar con su nodriza, se había establecido una carnicería. Las habitaciones de Don César se convirtieron en una tienda de paños, y la antigua puerta de la servidumbre daba entrada á una cabrería. Aquel edificio no pudo ser sustraído por su dueña al triste fin de todos los palacios nobiliarios. Bien en verdad que Solita no recibía inquilino que no fuese católico, apostólico, romano; y procuraba enterarse de si oían misa todos los domingos y cumplían su deber de confesarse con frecuencia. Con ella se extinguía su familia y deseaba verla caer con grandeza. Los tiempos habían cambiado tanto que el claustro no ofrecía asilo á sus sobrinas; se necesitaba dote, y no podía dárselo á tantas mujeres. Pero la casa parecía un convento. Solita alcanzaba los setenta años, y cincuenta y cincuenta y dos, respectivamente, las sobrinas Aurora y Enriqueta; las otras tres sobrinas de éstas eran relativamente jóvenes, aunque Herminia iba hacia los cuarenta, y Matilde y Soledad contaban ya los treinta y ocho y los treinta respectivamente.

Estas últimas causaban la inquietud de Solita. ¡Si alguna vez querrían casarse! Un casamiento desigual sería una deshonra para su familia, y las muchachas pobres, que no pueden lucir, no encuentran nobles de fortuna y rango que les ofrezcan la mano. Ya había pasado el tiempo en que se buscara un nombre para la alianza. Además, Solita tenía odio á los hombres y al matrimonio, con los ejemplos de su hermana y su sobrina. En su vida habían aparecido los hombres siempre como perturbadores. No existían ya san-

tos como Don César siempre en su sillón, ocupado en cantar los esplendores de su raza, y en rezar el Santísimo Rosario. Sin los hombres que enamoricaron á las dos Aldonzas, no se vería con aquella carga de familia. Y menos mal que



el Señor la iluminó para gobernarse. ¿Qué iba á ser de todas aquellas pobres mujeres cuando les faltará? Gracias al cardenal, Matilde, la penúltima de las hijas de su sobrina, tenía una plaza en el colegio de Doncellas, y perdida la esperanza de casarse, era una excelente *tía de cuartos;* pero las dos sobrinas viejas, y las otras dos hijas de Aldonza, Herminia y Soledad, le quitaban el sueño. Ella las iba sacando con miles sacrificios. A veces hasta tuvo que recurrir á los fondos piadosos que se le confiaban. Era un pecado del que ni con el confesor se acusó jamás. Utilizaba un derecho para sostener su nombre. Para eso se quitaba la vida ocupada en la caridad, y puesto que el que del altar se cuida del altar vive, justo era que ella viviese de su empleo. Así como así, no la dejaban parar ni cuidar de su hacienda las continuas juntas de San Vicente; de San Claudio, de la Misericordia, de Santa Cita y otras análogas. Era camarera mayor de muchas vírgenes; dama de muchos patronatos, y organizadora constante de rifas y funciones religiosas. Con todo aquello había de ayudar á su escasa renta, siempre temblando de que se pudiera hacer una revisión en sus cuentas, antes de arreglar los justificantes. Ninguna de sus sobrinas servía para nada, eran seres anulados por su obediencia, sin pensamiento, sin voluntad, incapaces de toda iniciativa. La única que aún tenía vida y energía era Soledad. Solita la amaba como á una continuadora de su alma; le habían aconsejado que la dejase estudiar la carrera de maestra, y á pesar de su repugnancia al trabajo de las mujeres, Solita consintió de modo que la joven estaba ya próxima á terminar el último año de estudios para obtener el título de profesora de primera enseñanza superior. Después el cardenal, su confesor y sus numerosas relaciones tratarían de colocarla. Solita sentía terror de pensar que su sobrina, hermosa y lozana, respirando fuera de los muros de su morada señorial pensara un día en casarse. Por fortuna, Soledad no parecía ocuparse de tal cosa, jamás se le conoció afición alguna, y aunque era demasiado alegre y demasiado cuidadosa de su atavío, escuchaba siempre con respeto los sermones de Doña Solita y de sus hermanas y sus tías, para que no se desviara del camino que como sostén de la familia le habían asignado los manes de sus antepasados.

Estaba destinada á perpetuar la tradición de su familia, cuya grandeza caería con ella en la tumba. La gran obra de Doña Solita tenía en Soledad su continuadora para vivir como vivieran sus mayores, sin admitir nada de progreso en las ideas que les habían bastado á ellas para ser grandes y felices. Se había de perpetuar todo como sus padres lo dejaron; y si algunas concesiones hubo de hacer Solita á la necesidad, en torno de ellas, en lo íntimo nada había cambiado, ni mobiliario, ni costumbres. Hasta después

de muertos sus antiguos criados, Aurora, Enriqueta y Herminia desempeñaban todas las faenas de la casa para no soportar una muchacha de modales canallescos que rompieran el augusto silencio de su morada cantando tangos y couplets de las obras de perdición que se ponían en el teatro. Sólo para guardar las conveniencias, que no es bien que una dama abra la puerta ó vaya al mercado, se valían de la mujer del cabrero merced á una rebaja de los alquileres.

Esto obligaba á Soledad á ir con las amigas á la escuela. La hija del médico y la del maestro del distrito venían á acompañarla siempre. Isabel y Juana eran dos muchachas formalitas y razonables de las que afirmaban sus mamás que no tenían novios ni devaneos, y con las que doña Solita dejaba sin miedo á su sobrina.

—Mucho tarda hoy Soledad—dijo doña Solita cerrando el libro de *Las horas*, en cuyas grasientas hojas leía mientras las otras tres mujeres revolvían entre las manos las agujas de «tricot».

—Esa niña yo no sé cómo no se vuelve loca entre tanto papelote—dijo Enriqueta, la menor de las dos viejas sobrinas.

—A qué tiempo hemos llegado—añadió la otra; la vieja Aurora, siempre gruñona y descontentadiza.

—¿Cómo ha de ser?—contestó resignada Solita—. Ella tiene vocación para esas cosas... No es con todo mi gusto... pero el P. Mariano y el reverendísimo señor cardenal me lo aconsejan; sus inteligencias superiores ven más claramente que nosotras aquello que nos conviene. ¡Hágase en todo y por todo la voluntad del Señor!

—Amén—contestaron á coro las mujeres; pero Aurora añadió:

—¡Dios quiera que no tengamos de qué arrepentirnos!

—¿De qué nos vamos á arrepentir?—exclamó Herminia en tono agresivo, levantando la cabeza de la labor con movimiento tan nervioso que puso en peligro de salirse del molde los puntos de las medias—. ¡Más buena que Soledad!

—Delante de ésta no se puede nombrar á la hermana sin que se crea ofendida—intervino conciliadora Enriqueta.

—Yo no digo de Soledad—insistió Aurora;—pero no es bueno que las jóvenes aprendan á leer, á escribir y se metan en andanzas propias de hombres.

—Pero no es malo que sepan dirigirse y ganarse el pan—continuó Herminia—, y no sean tan inútiles como nosotras... El día que nos faltara tía Solita... No lo quiera Dios...

—Nadie hay inútil en la vida—dijo interviniendo Solita...—cada uno trae su misión y Dios me dará fuerzas para terminar la mía... Soledad es niña de mucha virtud y será el sostén de la casa, no me cabe duda. Preclaras mujeres han servido á Dios ocupándose del mundo... Doña Beatriz Galindo fué una sabia santa... y Santa Teresa de Jesús... yo misma...

El pensamiento, tan vagamente esbozado, terminó en un suspiro. Se abrió la caja del reloj de cuco, cuyas grandes pesas en forma de piña colgaban á lo largo de la pared, y el animalejo apareció cantando la hora con una voz débil, tan débil que parecía un eco de otro siglo, un sonido de campanario lejano: «cu, cu... cu, cu.»

—Una, dos, tres...

Hasta cinco contó Doña Solita.

—¡Y la niña sin venir!—murmuró Aurora.

Resonó el aldabón de la puerta. Herminia se abalanzó á tirar del cordel del picaporte, sujeto á un ventanal de la galería, diciendo:

—¿Será ella?

Al ver á la que entraba hizo un mohín de disgusto y exclamó:

—¡Es la alcaldesa!

—En efecto; ya es hora de la junta—repuso Solita—; ya empiezan á venir... Podéis recoger todo esto y marcharos.

Las tres mujeres obedecieron sin murmurar, acostumbradas á su papel secundario, y mientras sus dos tías se llevaban la labor y los libros, Herminia trazó una firma con la badila en el brasero para dejar el fuego bien espabilado.

No había acabado de caer el portier tras ella cuando la alcaldesa entró en la estancia. Era una mujer gorda, voluminosa, con aspecto de carnicera; llevaba un gran abrigo de caracul, una corbata y un manguito de mongolia. El sombrero pequeñín y empenachado de tres plumas, puestas tiesas sobre el ala delantera, se mecía sobre la cabeza; un velo de motas, liso, que apenas le llegaba á la boca, se apretaba con fuerza en torno del rostro. Las manos, desenguantadas, lucían una profusión de sortijas de brillantes; un valioso aro de estas piedras le rodeaba la muñeca, y los solitarios de las orejas despedían un vivísimo fulgor. Por fuera del abrigo, una gruesa cadena de oro sostenía multitud de medallas y dijes que se entrechocaban sonando en el nudoso pecho.

Doña Solita acudió, empinándose sobre la punta de los pies para besar á la recién llegada, y le agradeció con una sonrisa el respeto con que se santiguó ante los dioses lares colocados en la mesa.

—Usted siempre tan puntual—dijo mientras la conducía hacia el sofá.

Tomó la palabra la señora. ¡Estaba tan ocupada siempre! Una buena parte de los cuidados del Concejo pesaban sobre ella; la posición impone deberes. ¡Cada criado más era un nuevo tormento! ¡Enemigos domésticos!

Atajó, distraída, Solita:

—¿Y Don Manuel?

—Ya vendrá... Estos días no sale de la confitería de los Pérez hasta que le terminen la anguila de Maura.

Y la Excma. Sra. Doña Carolina del Portillo de Benegalini explicó á su amiga cómo todos los años la preocupación mayor de su marido era la de regalar al jefe del partido conservador la

anguila más selecta que sale de la afamada ciudad de los mazapanes.

La dulce dinastía de confiteros, vinculada en los ilustres Pérez, que continuamente recordaba á su antecesor poniendo en los rótulos de sus tiendas «Hijo de Pérez», «Sucesor de Pérez», «Sobrino de Pérez», etc., no inspiraba bastante confianza al buen Benegalini, y mientras se estaba confeccionando la anguila no salía de entre los morteros y marmitas del laboratorio de la confitería, eligiendo él mismo los almíbares de batata, cabello de ángel ó riquísimas mermeladas para el relleno. Aquellas anguilas eran muy productivas, gracias al paladar satisfecho. Don Antonio les protegió y habían hecho fortuna. De constructor de albardas para sus convecinos, Benegalini tornóse en alcalde, y aunque el cargo era gratuito, adquirió bien pronto una de las principales fortunas de la población.

El matrimonio hacía bueno el axioma: «Una criada se puede hacer una señora; pero un criado es siempre un criado.» La Excma. Doña Carolina teníase por dama perfecta; pero Don Manuel gustaba de recordar los malos tiempos, hasta el punto de que se había hecho modelar en un busto de barro, poniendo como blasones de nobleza el bastón de borlas y las tijeras con que cortaba sus famosas albardas. Doña Carolina enrojecía de vergüenza con aquellas tendencias y con las equivocaciones de lenguaje que continuamente había de corregirle.

A instancias de su esposa, Don Manuel leía todas las noches el Diccionario, y las palabras aprendidas las soltaba luego á la primera ocasión. En una de las sesiones municipales propuso un día hacer una claraboya en el paseo, y otra vez socorrer á los pobres repartiéndoles arquitrabes.

Aquel día no tardó en llegar, acompañado de Don Mariano Morenas y Río Seco, cura de una parroquia cercana, gran carlista, que dirigía desde la sombra un asqueroso periódico, al cual habían de sostener las hijas de confesión, condenadas á su lectura.

Poco á poco fueron entrando los demás señores de la Junta. Presidía el gobernador, conde de Santa Palma, un aristócrata arruinado, vanidoso, con la mala educación de un sargento mal educado, el cual se asesoraba del comandante retirado Aníbar, otro neo, carlista, que se la daba de culto porque pasó unos meses en Alemania.

Figuraban además entre los hombres el director del Instituto, sabio filósofo y tolerante, pero sin fuerza para oponerse á las corrientes de lo que exigía el buen parecer y el respecto á la autoridad; un inspector de escuelas, presuntuoso y majadero; un concejal republicano, que llevaba velas en todas las procesiones; el canónigo Don Lucas Belleza, muy querido del cardenal, aunque era asiduo visitante de la famosa Doña Justa, señora pensionista, de numerosas sobrinas, y no muy buena fama. Asistían á la junta también dos revolucionarios, Don Calixto Alvarez y Don Pedro Ruanes. El primero de ellos distribuía una parte de sus millones en obras piadosas, asesorándose de la gente católica, y el segundo era administrador de un Centro religioso, y constituía, con su amistad á los clericales que le daban de comer, la mejor garantía de orden y de sumisión de su partido al régimen imperante. Descollando entre todos veíase á Don Juan García Amo, secretario de la Junta, señor pequeñín, gordo, barrigón, de cara afeitada y bigote y mosca grises, que parecía hinchado de vanidad por desempeñar uno de esos cargos debidos al influjo de la camarilla de un ministro. Llegó acompañado de su esposa y de sus dos hijas, conocidas en Toledo con el sobrenombre de «Las Monas Inquietas», á las cuales no sabía cómo colocar, por más que la buena mamá iba de acá para allá como Moisés con las dos tablas, enseñando á sus pimpollos.

Señoras había pocas. Además de la alcaldesa y de la familia de Don Juan García, estaba allí la secretaria de un Centro de cultura femenina, una extremeña pequeñuja, rechoncha, de piernas cortas, redonda como una manzanita, que enrojecía hasta la frente cada vez que se le dirigía la palabra, aunque la expresión de sus ojos negros, vivos y canallas, desmentían la llamarada del candor. Todas las señoras la temían por sus condiciones de intrigante y por su perversidad ó sus odios y procuraban atraerse su amistad. Sus extrañas dotes de adulación y servilismo le granjearon el afecto de Don Juan García, el cual le otorgaba su protección, de modo tan entusiasta como el penitenciario, su paisano, con quien se murmuraba si allá en su juventud tuvo ó no tuvo algo de amoríos.

Ahora, aunque por su mal carácter, Consuelo vivía separada de su familia, había sabido adoptar aires de persona severa, con aspecto de solterona marchita, entre su sencillo traje negro; pero aún se decía en secreto entre los conocidos que el profesor de escritura del Centro acudía con demasiada frecuencia á la secretaría y entraba á horas desacostumbradas en casa de la extremeñita, lo mismo que el profesor de religión. ¡Cuestión de compañerismo! Aquella tarde precisamente habían venido los dos acompañando á Consuelo, escudados por la presencia de la directora del Centro, mujer buena y sencilla, de cuya amabilidad abusaba la intrigante secretaria, para sujetarla á perpetuo dominio y tutela.

Todas las señoras se agruparon cerca del sofá y los hombres fueron tomando asiento á lo largo de la habitación, arrimados á los muros, bien envueltos en capas ó abrigos, con el sombrero en la mano y, algunos, hasta sin soltar el bastón ó el paraguas. Nadie se atrevía á sacar un mueble ó un asiento de su sitio y permanecían encajonados en hilera entre las consolas y los vargueños.

El gobernador abrió la sesión con voz hueca, mientras pasaba la mano grande y bastota por la entrecana barba de erizo. Se trataba de *La*

Sociedad de Santa Cita, protectora de criados, y merced á la cual todas las damas piadosas tenían sirvientas de balde, á cambio de enseñarles el camino del cielo, pasando por el confesonario y con auxilio de algún canónigo. El orador aprovechó la oportunidad de proporcionarse el placer de un autobombo, con sus migajas de elogio á todas aquellas buenas gentes. Era preciso hacer algo grande y notable «para que la prensa hable de nosotros y nos veamos retratados en los periódicos». ¡Aquella pícara prensa tan mala y tan codiciada!

Habló después Aníbar; él quería una cabalgata en la que fueran las damas y las jóvenes sirvientas premiadas, como se hacía en Alemania.

El sabio director del Instituto hizo notar las diferencias que establece el medio en los distintos países, y lo contraproducente y antipedagógico que le parecía la idea de la cabalgata. Al oir la palabra «pedagógico», intervino el inspector de Escuelas, deseoso de agradar á los magnates:

—No creo que esto sea contraproducente, señoras y señores; precisamente en las primeras hojas de la pedagogía recomiéndase premios y castigos...—Y mientras seguía perorando con aburrimiento de todos, el director se embozó más en su capa, murmurando:

—¿A qué cansarse en hablar con gente que cree que la Pedagogía es un libro?...

Poco á poco fueron animándose todos para hacer uso de la palabra, menos las damas, que no debían entender mucho de aquello, según lo silenciosas que permanecían. Hasta en una mesa, un periodista adulador y sucio, director, repórter y portero, á un tiempo mismo, del único periódico diario de Toledo, tomaba enfáticamente sus apuntes. Doña Solita estaba contenta; aquello parecía una verdadera Asamblea.

En el momento en que la discusión era más animada, intervino el alcalde:

—Pongámonos de acuerdo, señores; no parezcamos tirios y troyanos.

Su mujer le miró inquieta. ¿Estaría aquello bien dicho?

—Estamos completamente conformes en todo si el señor Aníbar retira el proyecto de las carrozas—contestó sonriendo el director.

—Pues retírelo y *riquis pacen*, naturalmente, así debe suceder—terminó optimista Benegalini.

Hubo un momento de silencio, que aprovecharon todos para hablar de sus asuntos.

—¿Cómo va esa anguila?—preguntó algo burlonamente el concejal al alcalde.

—Este año es una anguila de siete vueltas—contestó ufano Benegalini—; dos más que los otros años.

—¡Como que Don Antonio Maura le ha ofrecido el gobierno de Cuenca—añadió, socarrón, el periodista.

—¿Y por qué no?—repuso algo picado el alcalde—. Con un secretario entendido, naturalmente, bien se puede desempeñar un gobierno.

—Yo no quisiera más que vivir en paz. No me gustan los honores—dijo, modesta, la excelentísima Doña Carolina—; ayer me he pasado el día limpiando con la bayeta la encomienda de Don Carlos III (que Dios guarde).

—De Don Carlos ciento once, dirás—corrigió esta vez el marido, que leía como arábigas las cifras romanas.

—Lo mismo da—terminó ella confusa.

Las niñas de Don Juan García se revolvían en los asientos como si tuvieran hormiguillo. Donde no había muchachos no se encontraban bien, y la mayor empezó á coquetear con el profesor de escritura, mordiéndose los labios y poniendo los ojos en blanco.

Sintióse molesta la secretaria.

—¿Y Doña Soledad?—preguntó á Doña Solita para hacerse notar.

—Aún no ha venido... Fué á la escuela...

—¡A la escuela!—chilló la amargada solterona—. Por Dios, señora, si se acaba á las cuatro.

—Pero las muchachas se reúnen á estudiar luego y se entretienen... Eso es natural—agregó, bondadosa, la directora.

Sintió la anciana la necesidad de no dejar en descubierto á su sobrina ante el concepto público.

—Sí, eso es; va con Isabel y Juanita.

Intervino el penitenciario:

—Supongo, Doña Solita, que mañana vendrá usted por palacio.

—Sí, señor—repuso la viejecita—; no haremos nada sin contar con la venia del reverendísimo señor cardenal.

—¡Qué duda cabe, qué duda cabe!

—¡Desde luego!

—¡Naturalmente!

Respondieron á coro con acento adulador.

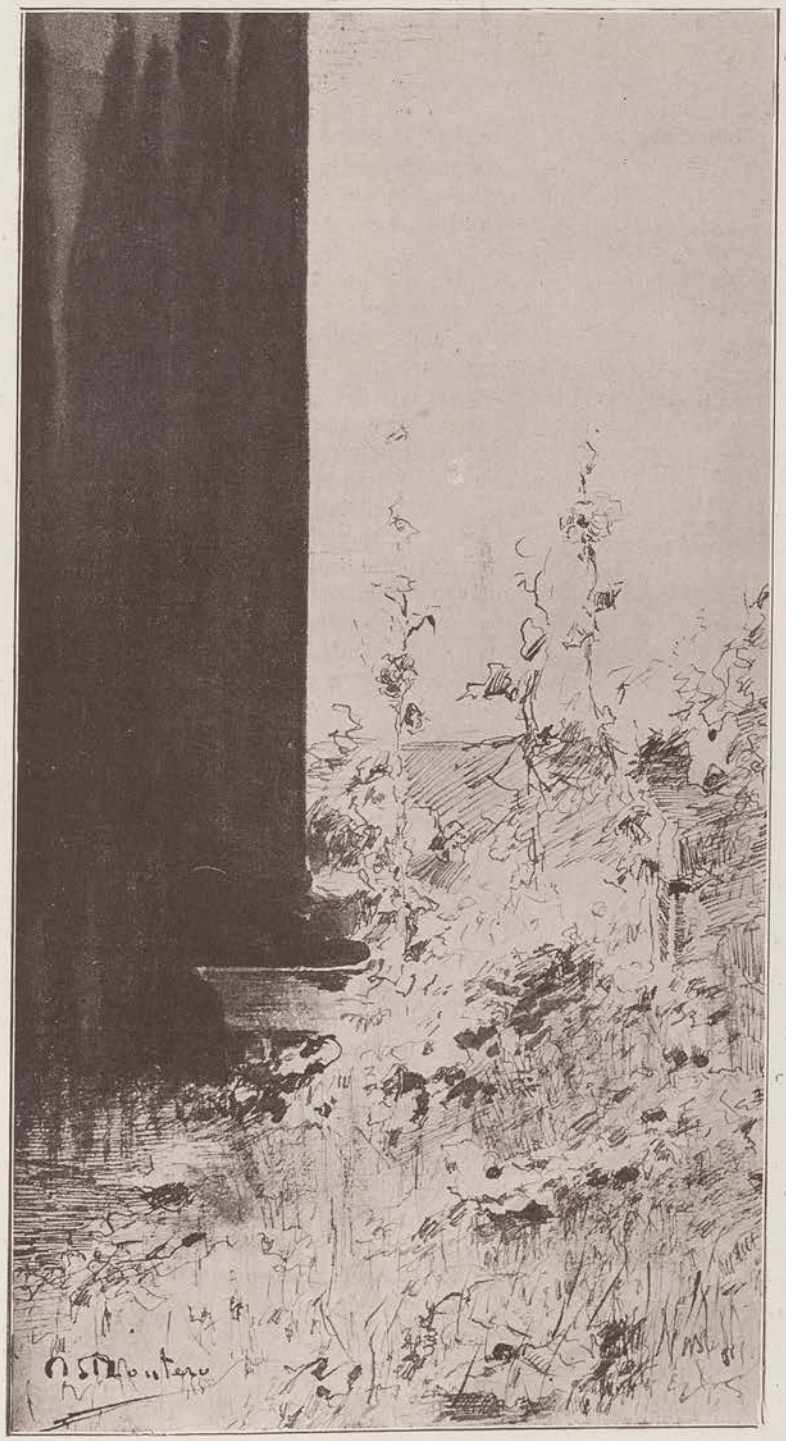
Todos se habían puesto de pie; las señoras se besaron en ambas mejillas, unas después de otras, y los hombres se apretaron la mano disponiéndose á marchar. La secretaria, con tono frío y malicioso, dijo á Doña Solita:

—Ojo con las niñas; no vale ser confiados.

II

La mano de Doña Solita redobló con desacostumbrada fuerza el pesado aldabón de hierro que pendía del escudo nobiliario en el centro del portalón de madera de su palacio, y cuando la cabrera hubo descorrido los grandes cerrojos entró violentamente en el patio, cuadrado como un claustro, con arcos de medio punto, sostenidos en columnas y pilastras de orden jónico. Sobre los cuales tendíase la galería chata, cuyos ventanales, correspondientes á los arcos, cubrían cortinas de muselina blanca. Entre todos los tímpanos lucían los escudos nobiliarios formados por ataurique y alicatados y las gárgolas y canes de la techumbre.

La parte superior destechada permitía penetrar al sol que jugueteaba entre las macetas de barro colgadas en los arcos como lámparas y de las que caían las verdes ramas de las ruinas sobre las plantas de aureola y boj cultivados en cubas de madera arrimadas á las columnas. En el centro una gran pila de cantería carcomida por el tiempo, con saltador figurando un muchacho mofletudo que arrojaba agua por la boca, rodeado de unas cuantas ranas de piedra mohosas con sus vestiduras de ajemates convertidas igualmente en surtidores.



Nadie hubiera sospechado aquel patio riente, alegre, pagano, ante la severa portada del palacio; en la estrecha callejuela una pared desnuda, con almohadillados de piedra y grandes sillares cuya monotonía se interrumpía apenas por los huecos de pequeñas y altas ventanas embutidas en la pared y protegidas por gruesos y entrecruzados barrotes retorcidos á torno.

Doña Solita atravesó el patio, subió la escalerilla empinada abierta en el espesor del muro y entró en el salón. Sin dignarse mirarlas cruzó delante de sus sobrinas, y exclamó, con voz seca é imperiosa:

—Decidle á Soledad que venga.

Los minutos que tardó en cumplirse su orden, la anciana recorrió, temblorosa y agitada, la alcoba en todas direcciones. Era una habitación grande con el mismo aspecto de frío desamparo de toda la casa. Las paredes altas enjalbegadas, sin más muebles que el catre cubierto con colcha de cretona, la mesilla de madera y la silla de asiento de esparto. Ornando los muros algunos cromos baratos de santos, la pila de agua bendita, una rizada palma blanca con lazos rosa y el tétrico crucifijo negro que había acompañado el ataúd de los antepasados á la cabecera del lecho.

Soledad se detuvo un momento en la puerta. Era una mujer de estatura regular, algo gruesa, de redondo rostro, naricilla un poco chata, labios frescos, rojos como una herida sangrienta, y ojos y cabellos del negro intenso propios en las mujeres toledanas.

—Acércate, Soledad, tenemos que hablar—dijo Doña Lolita, y colocó las dos sillas al lado de la cama para descansar los pies en el felpudo de esparto.

Ninguna de las dos mujeres sabía empezar la conversación. La solterona no podía tener acrimonia con aquella niña tan querida, y ella aguardaba en una actitud hostil, reservada.

Al fin rompió el silencio Doña Solita. Aquella mañana había ido, como de costumbre, á oir la misa que decía Don Mariano en la capilla muzárabe de la catedral, y luego recorrió con las otras devotas todas las demás capillas, deteniéndose á rezar al Santo Cristo de las Coberteras. Este y el de las Cucharillas tenían más número de creyentes. Tres credos, dando otros tantos golpes en las coberteras de hierro colgantes de la reja, bastaban para que la imagen concediera una de tres peticiones, siempre que éstas no hubieran de dañar las almas. Había sido inútil que el cardenal quisiera ir contra esta superstición; las beatas de Toledo se amotinaron cuando se trató de quitar las coberteras y las cucharillas; era un ruido de hierro necesario á sus oídos para rimar con sus plegarias, y el prelado hubo de someterse. Habían ya pasado los tiempos en que la catedral era rica; ahora necesitaba de limosnas, y todas aquellas buenas señoras que recorrían las naves admirando los rosetones de los ventanales y el transparente churrigueresco del altar é iban á abismarse ante la piedra que conservaba la huella del pie de la Virgen, depositaban su óbolo en los innumerables cepillos colocados en todos los haces de columnas: «Limosna para el culto», «Limosna para cera», «Limosna para el Papa», etc., etc.

Cuando más absorta estaba rezando ante la Virgen del Sagrario, cuyas alhajas y hasta las piedras del manto habían sido robadas ó falsificadas, se le acercó otra devota, mujer pequeñita, enlutada, á la que apenas conocía, y con palabras procaces la había exhortado á no descuidar la guarda de su honor. ¡Santo Cielo! ¡A ella semejante encargo! Oyó con estupor que le hablaban de Soledad; la habían visto acompañada de un hombre... y se hablaba de que le abría de noche la puerta del palacio... La pobre señora no pudo oir ni comprender todo lo que le decían. Supo imponer silencio á la que se atrevía á hablarle de tales cosas... y salió de la iglesia. Aquella mañana no dió los cinco céntimos de costumbre á los pobres agrupados junto á la puerta del Niño Perdido, esperando la entrada de los turistas, ingleses siempre para el vulgo, que guía en mano recorrían el gran museo de antigüedades de Toledo. ¡Se ahogaba! La calle del Comercio estaba llena de gente, cadetitos pretenciosos y niñas anémicas, acompañadas de la mamá en constante exhibición. La saludaron al pasar las de Don Juan García, las pobres monas inquietas, que contemplaban melancólicamente á todos los jovencitos, con mirar ansioso, como si se preguntaran inciertas:

—¿Será este mi caballero del Blanco Cisne?

¡Cuánta gente por todas partes! Era día de mercado, la vieja costumbre árabe de celebrar el zoco se perpetuaba y la irregular plazuela de Zocodover estaba llena de mesillas y puestos ambulantes. Cintajos, macetas de barro, pañuelos, artículos de comestibles. Las señoritas y los cadetes cruzaban entre aquel maremágnum fingiendo galanteos de salón, y en uno de los lados se agrupaba la multitud curiosa de presenciar la llegada de los coches de la estación. Eran aquellos vehículos como cajas enormes de tablas mal unidas, las que interrumpían con su alegre cascabeleo la monotonía de la ciudad. Ellos transportaban á los viajeros desde la estación á la plaza, para dejarlos entregados en manos de una turba mixta de pordioseros y buscones, gentes haraposas y pedigüeñas, que formaban por su exotismo las delicias de esos turistas extranjero que sueñan con la España de opereta ó con la España de la Inquisición.

Se santiguó Doña Solita ante el Cristo de la Sangre, la pequeña imagen que desde su hornacina, colocada sobre el arco que da acceso á la posada de Cervantes, estuvo destinada á presidir la barbarie de todas las ejecuciones, y se internó en las callejuelas de la izquierda. ¡Al fin llegaba á su casa!... Y después de contar lo sucedido á su sobrina, deseosa de saber que todo era una mentira, una calumnia que no alcanzaría á su ilustre nombre, repetía suplicante:

—Por Dios, Soledad, ¿qué es esto?

Y Soledad no le contestaba, pálida, muda, fría; como quien siente desplomarse sobre sí una desdicha largo tiempo presentida, la joven estaba encerrada en una dolorosa reserva.

Fueron inútiles todas las lágrimas y súplicas de Doña Solita para vencer aquella obstinación de estatua. La oía con el silencio de la desesperación, con la agonía de algo muy grande dentro del alma. El mutismo exasperó á su tía. ¿Era la confesión de una culpa? La buena señora prorrumpió en anatemas. ¡Buen pago recibía por sus sacrificios! ¡No podía creer tanta bajeza en una Girón! ¡Ella lo averguaría todo!

—Mientras tanto—terminó diciendo—, se acabó el ir á la escuela ni salir de tu habitación sin mi permiso. Vete.

Como un autómata obedeció Soledad la orden imperiosa, con un ligero encogimiento de hombros. Nada había dicho. ¿Acaso le importaba algo? Doña Solita la vió salir, entre colérica y sorprendida, con un acompasado movimiento en que parecían rimarse el desaliento y la desesperación. Después, inclinando la cabecita gris contra el borde del catre, la anciana lloró con desconsuelo, con un llanto nervioso, colérico; no de piedad por las desdichas que presentía, sino de orgullo vencido, homenaje á los ilustres y ofendidos manes de su linaje.

III

Transcurrió el día lento y triste. Soledad no asistió á la comida, y Doña Solita y sus sobrinas apenas cambiaron algunas palabras. Se cernía sobre toda la casa un ambiente de tristeza, pesante y angustioso. La joven, encerrada en su cuarto, de bruces sobre el lecho, revuelta la cabellera y oculto el rostro entre los brazos, veía, presa de desesperación, estallar el temido

golpe. Su imaginación le presentaba, como un cinematógrafo, todas las escenas de su vida pasada. Nació con la marca del dolor en la frente; su aparición en la tierra causaba el desgarramiento de unas entrañas; la muerte de su madre; después, la infancia sola, sin amor, sin juegos; oyendo constantemente las quejas de Doña Solita, los apuros, las estrecheces y las miserias. Toda aquella familia que la amaba, que hubiera hecho un sacrificio por ella, tenía como manifestación de su cariño y entereza la rudeza de no acariciarla jamás. La pobre niña sentía hambre de ternura, sed de un beso tibio y largo... A solas lloraba con frecuencia, de un modo incomprensible para todos los demás. ¿Qué le faltaba? Y la criaturita, obligada á ocultar las lágrimas, se hizo romántica, soñadora, mística, con un misticismo que la hacía adorar la Natura y la Belleza, confundiéndolas con el Dios que invocaban los otros. De rodillas, inmóvil y muda horas y horas en la catedral, abierto el libro de devociones, escuchaba los acordes del órgano, veía la luz cernida y colorada entre los vidrios policromos, reflejar sobre las ricas decoraciones del templo; el olor de incienso excitaba sus sentidos y desvanecía su cabeza; las palabras armoniosas de la oración se rimaban, materializándose como si se convirtieran las líneas del devocionario en guirnaldas de lirios morados, pensamientos negros, claveles de púrpura y rosas de sangre... y entre ellos muchos nardos, jazmines y azucenas. Muchos nardos. Se desvanecía... ángeles y príncipes se mezclaban en iguales trazos; los ecos de los rezos se convertían en murmullos de caricias... se esbozaban figuras inciertas, rostros de ángeles con el ligero bozo del adolescente ó bigotes á la borgoñona. En aquel ambiente todo la amaba: la luz, los cantos... la besaban en los ojos y en los oídos... Alguna vez salía de la iglesia para subir á las claverías, aquel claustro chato, de paredes encaladas, sucias de tanto escribir en ellas recuerdos y frases, siempre iguales, como si los diferentes nombres allí grabados fueran simplemente seudónimos del mismo espíritu, ansioso de perpétuar lo pasajero. Algunos trozos de pared estaban raspados. Tal vez en ellos duró el recuerdo más que la ilusión, y la misma mano que escribió amorosa un nombre fué á borrarlo después... Desde aquella galería se veían los tejados del templo, el remate de su alta torre gótica y el coronamiento de las irregulares cúpulas. Abajo, un jardín escaso, mal cuidado, con el encanto de los jardines mal cuidados, en donde la hierba fresca se entrecruza libremente, un cenador, una fuente de

piedra en el centro, cipreses adustos, tristes, luctuosos, alzándose hacia la techumbre... rumor de agua corriente... sol pálido haciendo subir de la tierra vaho de humedad... hierba fresca húmeda, muy verde... juguetea al viento entre las hojas con rumor de seda y susurro de canciones lejanas. Sobre su cabeza un cielo gris, plomizo, acerado, rimando con los tonos grisáceos de la piedra acaramelada y mohosa y con la herrumbre del tejado... detrás de ella, en los huecos de la pared, puertas y ventanas cerradas y silenciosas como nichos de cementerio... Envolviendo todo aquello un continuo cantar de pajarillos revoloteantes y graciosos, cuyo lenguaje traduce un alma que sabe escuchar. Allí soñaba también Soledad sin salir de su abstrac-

ción, porque los turistas curioserán, sin verlo, aquel lugar de sus delicias, los enamorados escribieron sus nombres en el muro, ó el voltejear de las campanas, en melancólicos toques, espantase á los pajarillos.

Una idea se le agarró al cerebro: ella no debía amar; la ilustre sangre que corría por sus venas le marcaba una alta misión de sacrificio. Necesitaba ser el sostén de la familia. Su sed de amor incierto debía quedar oculto siempre; sería la amante de los pájaros, de las piedras viejas y de las flores. Tal vez este sueño le hacía experimentar una repugnancia instintiva á mezclarse con la sociedad de su tía. Le molestaban todos aquellos curas y canónigos grasientos, que decían chistes y sermones á un tiempo mismo, como si pertenecieran á una especie intermedia entre el hombre y la mujer, y todas aquellas damas hipócritas, vanidosas, que hablaban siempre de sus asuntos como si éstos tuviesen el privilegio de interesar á todos. Cuando su hermana entró en el colegio, Soledad lloró amargamente la separación de su única compañera. Se refugió en la lectura: las vidas de los santos exaltaban su fantasía. ¿Acaso no podría ella realizar un hecho maravilloso, para gloria de la familia? No se la podía sacar fácilmente de sus libros. Las tardes que doña Solita y su familia iban á la Huerta del Cardenal, la buena señora se quejaba de aquel afán desmedido de la niña á la lectura. La prefería á todo. Y eso que en la Huerta se pasaba muy bien el tiempo. Su eminencia, de carácter muy divertido, llevaba consigo una corte de canónigos y pajes y un acompañamiento de lindas devotas y de mamás complacientes. Se organizaban carreras en burro. Las mujeres subían á los asnos ayudadas de los clérigos, se espoleaban las cabalgaduras y pocas guardaban el equilibrio para no caer haciendo la campana. ¡Cuánto reía el cardenal, con su aspecto de viejecita arrugada, de todos aquellos espectáculos inocentes y de aquellos tocamientos castos! Algún día, como por un atavismo de sátrapa ó emperador, mandaba soltar un novillo en la plazuela ó un puñado de lagartos, cuando mayor era la diversión. ¡Era de ver cómo corrían todos entonces!... Algunos tardaban horas en parecer.

Luego, después de la alegre merienda, al regreso, el cardenal se divertía arrojando monedas de cobre entre los zarzales para que las recogiesen los muchachos que imploraban su caridad en el camino, y reía contento de verlos pegarse, empujarse y desgarrarse carnes y vestiduras para cogerlas. Mucha afición al estudio había de tener Soledad para no cambiarlo por tales diversiones. Entonces se pensó en aprovechar la buena disposición de la muchacha: una vocación que Dios le mandaba. Se habló al penitenciario para conquistar á la secretaria; se recomendó á los profesores y á la directora, y la joven hizo su examen de ingreso. El nuevo género de estudios era distinto de la grata ocupación de leer. La pobre Soledad había de pasar los días enteros en la escuela. Oía explicaciones pesadas, incongruentes, incomprensibles, de las profesoras distraídas, y había de aprenderlas de memoria. La vida del establecimiento no era como ella la había soñado. Respiraba una atmósfera de chismes, enredos, malevolencias, que se extendía desde las profesoras á las alumnas. Todo envidias, miserias, luchas de mala ley y pequeñeces.

Soledad tenía sólo dos amigas. La hija del maestro, Isabel, y Juana, la hija del médico. Las dos iban á recogerla y á acompañarla á su casa, juntas arreglaban los apuntes y bien pronto se estableció una gran intimidad entre ellas. Al principio, Soledad vió, con algo de sobresalto, que sus dos amiguitas tenían novio. Lo tenían todas las muchachas de la escuela. Ella les veía, al salir, esperando en las esquinas, se saludaban con risas, y las que no iban con personas de familia que las acompañasen, escapaban á pasear un momento con sus amados. Hasta las que pasaban por más formalitas: Rosa, la hija del médico, y Buenaventura, la del regente, iban con dos cadetitos presumidos á dar la vuelta á la ciudad antes de llegar á casa , y Adela, la del boticario, se escapaba por los cobertizos con un empleado del Banco, á pesar de que su madre, una antigua criada, coja, tuerta y devota, garantizaba la seriedad de la niña. A su pesar, Soledad se veía obligada á acompañarlas y á guardarles el secreto, para no hacer traición á la amistad. Su papel era en verdad desairado: de muchos más años que sus amigas, rayana ya en los treinta, veíase obligada á hacer de solterona, sola, seria, sin amores, dedicada á su alta misión de sostén de una familia noble. Veía á sus amigas vivir una vida de amor, envueltas en una ola de sentimientos intensos, profundos, agitados de celos, deseos, esperanzas y ternuras; ella, por abnegación, había de continuar su cuidado en el marasmo, había de imponer su voluntad al corazón para no sentir, no ver, no comprender lo que sucedía en torno de ella.

Todas aquellas muchachas sabrían de besos, de lágrimas, de risas que le estaban negados; su belleza se marchitaría con la tristeza de unos brazos que no habrían abrazado nunca; y más de una noche, en la soledad de su triste alcoba fría, la pobre muchacha acariciaba los tesoros de su cuerpo desnudo, con un deseo vago de caricias inciertas que le hacía prorrumpir en sollozos.

En aquel estado de ánimo conoció á Manuel Rovira, un joven pintor amigo del novio de Isabel. Se lo presentó una tarde en que paseaban por el Miradero, á la hora del crepúsculo, cuando el viejo paseo provinciano se ve favorecido por la multitud de niñas casaderas, suspirantes al lado de su mamá; maridos cansados de llevar del brazo á la esposa y delante á la niñera y á la nodriza; severos y grasientos canónigos y elegantes cadetitos que se mezclan, en una forzosa

democracia, con los chicuelos desarrapados que juegan en todo el paseo.

En las costumbres toledanas la severa etiqueta permitía á las jóvenes dejarse acompañar por los muchachos en aquel paseo, en la calle del Comercio, en los clásicos Reviernes, que se celebraban desde el día del Corpus hasta las nueve semanas; después en la vega, cerca de la capilla del Cristo, terror de los amantes infieles, que fué testigo del amor de Diego Martínez é

sus anhelos, los sueños de una vida de abnegación que prescinde del amor para darse al trabajo y ser el sostén de su numerosa familia; una vida de renunciamiento, pasando al lado de todo con el encogimiento de hombros, sumida en la monotonía de su letargo sin goces, y como única recompensa el placer y la satisfacción del sacrificio. El joven se aficionaba á la dulzura de Soledad; él también le abría su corazón, un corazón de niño que no sabía sufrir, y le hablaba con

Inés de Vargas. Los cadetes eran siempre los preferidos, por más que la experiencia enseñaba que se hacían pocas bodas con ellos. Todas las niñas creían una moda de buen tono tener un novio cadete; sin duda los miraban como un adorno más, teniendo en cuenta que ellos, al revés de los jóvenes bohemios de la ciudad, sólo se acercaban á las jovencitas bien vestidas, sin tener en cuenta el encanto de unos ojos bonitos si no llevaba seda su dueña.

El carácter serio y reconcentrado de Soledad le había hecho no tener jamás amigos ni galanteos, á pesar de su aspecto simpático y de su cara expresiva. Manuel Rovira era el primer joven que la acompañaba. Lo había acogido sin desconfianza, hecha á la idea de que para amar á un hombre había primero de ser su prometido. Manuel era muy joven, le llevaba ella ocho años y sentía por él una especie de dulce ternura maternal. Se estableció entre ellos la gran confianza íntima de los que no piensan en amarse. Ella le trataba sin coquetería, sin reserva, dejándole penetrar hasta el fondo de su alma; le mostraba

gracejo y espiritualidad de mil cosas que jamás había oído. Manuel la hacía confidente de sus amores, los amores con la esposa futura, la jovencita bien vista de la familia que aguardaba paciente la terminación de los estudios. Poco á poco, sin darse ellos mismos cuenta, los dos jóvenes se tornaban en amantes, falsificando la situación para no ver un cariño que les asustaba. Soledad no pensaba en nada más que en su amigo, contaba los minutos que le faltaban para verlo, y más de una vez permanecía absorta, con el libro abierto, sin leer, viendo como si se destacara de un marco de luz la figura juvenil de ojos dulces, boca sonriente y negra cabellera. El, por su parte, amaba á Soledad con un deseo loco; había aspirado el perfume de la carne fuerte, se había quemado en la llama de los ojos negros y de la boca de cereza, en aquellos paseos solitarios, cerca de la pareja enamorada. Sin duda él no pensaba en hacerla jamás su esposa, ni reflexionaba en la cobardía de hacerla su amante. Lo arrastraba un deseo inconsciente de amor del momento, de anegarse en los

tesoros de ternura del corazón que iba á destrozar.

Todas las tardes, las dos parejas recorrían la ciudad acompañados de la complaciente madre de Isabel. Sin darse cuenta de ello, respiraban un veneno de incentivos en el ambiente arcaico de Toledo, para hacerle florecer en sus almas. Al salir de la escuela cruzaban la calle del depósito de las aguas, aquella calle estrecha, angulosa, solitaria, formada de muros chatos abovedados, semejantes á una fortaleza, frente á las paredes y verjas de la iglesia solitaria; allí, en la sombra de la calle, tétricas cruces pintadas en la pared hablaban de asesinatos, leyendas y tradiciones, mientras que, al final, una triste plazuela fingía la sonrisa melancólica de sus cuatro pinos y un balcón florido. Después de seguir por allí á Santo Tomé, con su Cristo crucificado en medio de la calle, la cabeza melinada, la cabellera de sucia estopa, y balanceándose delante de él con la tristeza de la luz de un patíbulo, el gran farol de latones y cristales cuadrados. Daban la vuelta pasando por Zocodover, para ir á internarse en los típicos cobertizos, aquellos sombríos callejones techados que desembocaban en la plazoleta donde soñaba Bécquer, delante de Santo Domingo el Real, con sus columnas medio enterradas hundiéndose en la tierra; se escuchaba allí el acento de la salmodia de un convento vecino... Al pasar por delante de la ventana enrejada de la Virgen de los Alfileres, depositaban los novios uno ante la Soledad, que tenía fama de hacer y deshacer matrimonios por la piadosa ofrenda de un alfiler blanco para conceder la *boda* ó de uno negro para dar la felicidad de la viudez. Siempre terminaba el paseo de la vega, á la hora del crepúsculo, bajo aquel cielo grisáceo, roto al poniente con la herida roja, causada por el sol al ocultarse, y cenizoso al Oriente, como si se viese avanzar desde allí el caudal de las sombras sobre la tierra. La ciudad parecía á lo lejos una gran fortaleza en la que resonaban de modo anacrónico la melancolía de los toques de campana en la multitud de torres de sus iglesias.

Llegaban á Safón; suspiraba el río á sus pies, deshecho en cascada de blanca espuma, é iba luego á continuar su marcha en torno de la vieja ciudad dolorida; corría sin rumor, sin movimiento aparente, fangoso y gris á veces, á veces teñidas las aguas en un misterioso verde veronés, y se internaba entre la cortadura de las montañas. Era Manuel el que le hacía notar todo aquello, el que sabía evocar para ella la visión de las ninfas, de los guerreros y de los monarcas godos y castellanos. Su voz solemne y armoniosa le murmuraba al oído los versos de las leyendas de Zorrilla como una música de órgano sagrado... y un día sus manos se buscaron en la sombra del cañaveral y el arranco del clavel de sus labios, otro clavel de sangre, en un beso candente y largo... largo... hambriento.

Luego... todas las noches, después de rezar el rosario y registrar la casa, cuando todos se entregaban al reposo, Soledad bajaba al patio para abrir con sigilo la puerta... y muchas mañanas, hasta que sus tías se iban á misa, no salía Manuel de la casa. En el lecho donde lloró la tristeza de su virginidad había besos de amor y caricias de amante. ¡Oh, el recuerdo de aquellos días santos y santificantes! Se le entregaba ella toda, en una comunión casta, en una consumación completa; y jamás se atrevió á pedirle una palabra para lo porvenir. Le parecía ver de parte de su amado toda la superioridad, y no se hallaba con derecho á exigir, desconocedora del tesoro de amor en qué se anegaba tan por entero. El la recibía en sus brazos dichoso del don que le hacía la carne morena y la boca roja.

Fué un día, cuando menos lo esperaban, cuando se rompió el encanto. Soledad sintió un aleteo de pájaro en sus entrañas y tembló de susto y de alegría. Su amor á Manuel era bendito por la Naturaleza cuando le hacía fecundo; un hijo palpitaba en sus entrañas. Se sintió unida á su amante, elevada hasta él por un milagro del amor mismo, capaz de ser su mujer en el triunfo de la pasión.

Aún no había podido borrar la infeliz el recuerdo del brutal desencanto de las primeras palabras. ¡Su amante se asustó de la paternidad! Prorrumpió en frases de cólera y rabia al verse padre; en seguida, sin reparar en su dolor, formuló un consejo brutal para que el hijo no naciera.

Desde entonces, su amor se convirtió en fuente de pesares. Manuel la recriminaba por su descuido, su *bobería* de no saber prever los peligros del amor; la acusaba de querer tenderle un lazo para sujetarlo cerca de ella; pero eso no podía ser... él negaría una paternidad que, después de todo, á nada lo comprometía; ella era la mayor de edad, ¡y tan mayor! El mundo podría compadecer á la niña, con más ó menos perversión, pero no á la mujer consciente. El no iba á sacrificar su porvenir, su familia, su novia... No; jamás habría en sus labios un beso para aquella criatura, testigo importuno de su aventura. Soledad lloró, se humilló, suplicó; no comprendía aquello, el olvido de tantas horas dulces. Le parecía imposible que los labios tan besados la insultasen habiendo puesto tanto amor, tanta vida en ellos. Aún triunfó alguna vez en Manuel el deseo de su hermosura para prodigarle caricias de amante; pero la ternura no volvió. Lloraba ella bajo sus besos la crueldad de las palabras oídas, de la fe muerta, y él, al alzarse del lecho después del vencimiento de la carne, se sentía iracundo, colérico, para maltratarla cobardemente.

Un día Soledad lo esperó en vano. Le escribió y no obtuvo respuesta. La infeliz no tenía á quien confiar su secreto: ni una amiga, ni una persona de familia. ¡Nadie! ¡Si viviera su madre! Y al recuerdo de aquel cariño que no conoció, invocado ahora en su amargura, sentía abrirse todas sus

entrañas en amor por el ser que palpitaba en ellas. Se operó un fenómeno en su alma. El amor de la amante se apagó para dar vida al amor de la madre, potente y avasallador. No le arrebataría nadie aquel ser, que era lo único suyo. Con él viviría ó con él habría de morir.

Era el único cariño grande, puro, eterno, que llegaba hasta ella. Con su desprecio á Manuel no había odio, le envolvía aún el amor del hijo. Le volvió á escribir. Ella renunciaría á todo, suplicaba sólo la madre. Tampoco obtuvo respuesta. Entonces ciega, loca, sin saber lo que hacía, ella misma fué á llamar á la puerta de la casa de su amante. Pensó morir de angustia al verse allí, delante de personas extrañas que la miraban burlonas. Como un martilleo de campanas de cementerio lejano, oyó la noticia de que Manuel había salido de Toledo.

Se fué á buscar á Gerardo, el novio de Isabel. Manuel no volvería, una *tournée* al extranjero, y luego la boda.

—Me dijo que habían ustedes reñido—agregó el joven galante—; es una lástima, porque se amaban, y...

Soledad no sabía qué responderle; adivinaba en el acento de conmiseración del amigo que éste conocía toda la verdad. No le guardaba siquiera respeto á su desgracia... No tardaría en saberse todo. Tomó maquinalmente un sobre que le entregaba Gerardo, y lo abrió:

«Soledad.

No me acuses ni me tengas odio..., yo te amo, pero hay cosas que son imposibles: la vida impone deberes. Es ella quien nos separa. Espero que tendrás el talento de no buscarme disgustos que serían inútiles. Olvídame y sé feliz,

MANUEL.»

¡Qué sarcasmo! Loca, convulsa al ver arrancarle su última esperanza, Soledad no pudo dominar la desesperación, y se dejó caer llorando sobre una butaca.

—¡Cálmese usted, Soledad!—dijo piadoso el amigo, acudiendo á su lado—. Todo se olvida.

Ella no le escuchaba, seguía retorciéndose los brazos, presa de desesperación, como si esperase que un revulsivo del dolor físico la aliviara de su tormento moral; él le sujetaba las manos. ¡Qué hermosa era! Entre las lágrimas brillaban los ojos negrísimos y sangraban los labios de púrpura; el revuelto mar de cabellos de endrina jugaba en las redondas y sonrosadas mejillas; se le levantaba la tela del vestido con la misma fuerza que si detrás de ella revolotearan palomas asustadas, y la curva de la morena garganta se agitaba en el hipo fatigoso del dolor. ¡Qué hermosa estaba! Gerardo no podía resistir la tentación de la belleza maldita que despierta el deseo sin el amor y la ternura. La oprimió en sus brazos y le secó las lágrimas con una lluvia de besos.

Se alzó Soledad, espantada, atónita, jadeante...

—¡Dios mío, usted...!

No pudo acabar, entre su desconocimiento del mundo vino á ella por intuición la idea de la verdadera causa de lo que sucedía.

Entonces se levantaron en su alma todas las energías de los sanos principios olvidados, los atavismos de la ilustre familia de Girón revivieron. Se alzó severa, majestuosa, se secó con dig-

nidad las lágrimas, y dijo con voz entrecortada al joven que permanecía ante ella pálido, tembloroso, humillado.

—¡Le ruego á usted que olvide todo esto! Yo he podido caer... pero no puedo arrastrarme.

Salió de allí enérgica, digna. ¿Para qué afligirse lamentando desdichas irremediables cuando se tiene la fuerza necesaria para saber morir? La idea de aquel refugio supremo que la librara de sus dolores salvando el honor de la familia la tranquilizó; parecía haber caído en un estado de indiferencia cercano á la idiotez. No pudo sacarla de su anonadamiento la escena con su tía. Era la confirmación de que se sabía todo. ¡Lo esperaba! Y de bruces sobre el lecho, evocando con horror las escenas de cariño borradas de manera tan injusta, la pobre niña sonreía á la muerte como á una libertadora que le ofreciera descanso y olvido entre sus brazos.

IV

Sucedíanse los días con lentitud. Sobre la melancolía del viejo palacio se cernía la tristeza de los moradores. Soledad se negaba á salir de su cuarto. La sostenía en su desesperación el cariño á aquella criatura que se agitaba en sus entrañas. Criatura sin padre, destinada á perpetrar un recuerdo de amargura y de deshonra. La joven se veía sola, sin sostén ni apoyo en el mundo; se había dejado caer en unos brazos que no tuvieron fuerza para sostenerla y la dejaban en medio del arroyo. Perdida la conciencia de la virtud, desengañada de aquel amor en que puso toda la vida y que le trajo sólo la desdicha y la traición, ¿tendría fuerza para seguir siendo digna, respetada? ¿Cómo salvar aquel hijo, testimonio vivo de la culpa, al cual amaba ya con vehemencia?

Las murmuraciones de la ciudad penetraban hasta la casa. Venían de visita las amigas insinuando reticencias sobre la opilación y la ictericia de Soledad. ¿Cómo no la veía el médico? Doña Solita, desconcertada, murmuraba disculpas y miraba con terror el rostro demacrado de la sobrina, cuyo talle ensanchaba de modo alarmante.

Las beatas del pueblo, los mismos aduladores de su tía eran los primeros en propalar la especie de lo que pasaba. Todas las mañanas llegaban en el correo algunos anónimos. ¡Aquella situación era terrible! ¿Cómo salir de ella? Se necesitaba confiarse en un verdadero amigo, y por primera vez, al tender en torno la vista la pobre Doña Solita se vió abandonada. Además, casi todas las amistades después de ir á curiosear se fueron retirando. Las mamás no dejaban ya ir á sus hijas con Soledad, Isabel y Juana fueron las últimas en retirarse y las *monas inquietas*, á pesar de que su conducta no era de la más moral, rehuían el saludo cuando encontraban en la calle á alguna de la familia.

Solita estaba inconsolable. ¡Dios mío, qué desgracia haber vivido lo bastante para presenciar la deshonra de la familia!

Aquella mañana estaba arrodillada en el ángulo más obscuro de la capilla mozárabe. Ya hacía mucho tiempo que se acabó la misa y continuaba allí sin darse cuenta del rato que transcurría ¡Si Dios la iluminara para salir del paso! Oyó ruido á sus espaldas y una mano se apoyó familiarmente en su hombro.

—¡Don Mariano!

—Sí, Doña Solita—respondió el cura—. Deseaba hablarle á usted de algo muy grave.

Tembló la anciana. ¡Hasta allí llegaría ya el conocimiento de su deshonra!

Pasaron á la sacristía, y la infeliz escuchó temblando de labios del cura una reprimenda en la que la tachaba de confiada y poco cuidadosa... ¡No era un secreto que Soledad estaba encinta!

La pobre señora prorrumpió en sollozos. ¿Qué hacer? Ella no pensó jamás que una Girón pudiera haber olvidado hasta tal punto su apellido. Estaba dispuesta á sacrificarlo todo: la sobrina, la propia vida, con tal de salvar el honor... aquel honor de la familia que fué siempre su culto.

Don Mariano pareció conmoverse, él lo arreglaría todo. Las murmuraciones habían llegado á oídos del cardenal y ahora lo importante era deshacer las sospechas. Soledad debía ir al palacio arzobispal; que convenciera á su eminencia de que todo aquello eran calumnias, que lo jurara con reservas mentales. Dios permite el engaño y la mentira, y hasta el juramento falso cuando de salvar intereses tan sagrados se trata. Debía solicitar el dote para entrar en el convento del que él era capellán. Luego él se encargaría de todo, la ciencia tiene medios de evitar la desdicha de una mancha así en una ilustre familia y cuando Soledad fuese monja las maledicentes no se atreverían á murmurar; Doña Solita sentía dilatarse su corazón de esperanza y agradecimiento. Llorando de gratitud aceptó la intervención del cura, de su salvador, y se echó de rodillas delante de él, besándole con transporte la mano.

Aquella noche Doña Solita entró en el cuarto de su sobrina. Se había pasado todo el día ensayando la homilía que había de pronunciarle, y con acento altivo, solemne, hizo á la pobre criatura, que temblaba de vergüenza y miedo, un resumen de la historia gloriosa de los marqueses de Toledo, ensalzando su labor de protectora, guarda y sostén de toda la familia. Ella había recogido y cuidado la infancia abandonada de sus sobrinas y no esperó jamás tal fruto. Temblando de emoción le refería las vergüenzas y humillaciones á que se veía sometida. Todo por la liviandad de una mujer indigna... Si no la había arrojado de su casa era por querer evitar el escándalo. Dios Nuestro Señor es misericordioso, y ya que permite que en el mejor paño caiga una mancha, es preciso borrarla con toda energía. Don Mariano Morenas era el instrumento divino que haría que ella pudiera alzar la frente dando un mentís á los maliciosos, no por orgullo personal, sino por culto á su nombre. Era preciso que si quedaba algún rosto de pudor en su alma, Soledad le prometiera

la obediencia, y Soledad, llorando, prometió todo lo que Doña Solita quiso Se encontraba sola, abandonada; sus tías Aurora y Enriqueta no le dirigían la palabra, y su hermana evitaba su presencia. Ni un sostén, ni un apoyo; nada que la alentara. Sentía un movimiento de cólera, de odio brutal en el que iba envuelto hasta el cariño de madre. Se había fiado en el amor, la honradez y la palabra de un hombre para verse así... Un odio y una desconfianza instintiva de todo la dominaba, pero no dudó del apoyo de Don Mariano, del sacerdote que por medio de su tía y con el nombre de Dios en los labios acudía en su socorro.

Cuando al día siguiente Don Mariano entró á verla, la infeliz se abrazó á sus rodillas, llorando. Con ternura grave, paternal, Don Mariano la obligó á levantarse. Se hacía preciso fortaleza y disimulo. Las grandes pecadoras son siempre dignas de misericordia.

Soledad se vió obligada á vestirse y acompañar á su protector á palacio. Hizo esfuerzos supremos por borrar de su rostro las huellas del cansancio y por dar á su talle toda la esbeltez de otros tiempos. Sus ojos, cansados de llorar, se bajaban temerosos al suelo, y sus mejillas enrojecían de vergüenza al cruzar las calles. Le parecía que todos los que la mirasen podrían leer en su frente el sello de su deshonra; y su aspecto tímido y avergonzado la hacía aparecer pudorosa. No tuvieron que esperar en la antesala entre las numerosas personas para pasar á la cámara del cardenal. Su eminencia, encorvado sobre el bambú, con la melena blanca escapándose del cerquillo, parecía una viejecita arrugada y temblorosa. Recorrió con una mirada á la joven. Sin duda todas aquellas patrañas eran mentira. Empezó á interrogarla hábilmente para no

alarmar su inocencia, y encantado de aquel rubor tan tímido iba acercándose cada vez más á ella y tropezándola con los pies y con las manos; fingía distracción para apretar su talle ó rozar sus pechos. Don Mariano miraba encantado de la docilidad de la desdichada. No tendría mejor defensor que el cardenal.

La audiencia se prolongaba demasiado y los visitantes se impacientaban. Su eminencia, lleno de solicitud paternal, atrajo á la joven é imprimió en su mejilla un beso casto. Todavía no le pedía nada.

Entonces intervino Don Mariano.

—Soledad quiere ser monja.

—¡Monja!—repitió encantado su eminencia.

Ella hizo un movimiento de terror.

—Pero Doña Solita, ya sabe vuestra eminencia, no tiene dote—siguió el cura.

—Bien, muy bien, ya arreglaremos eso puesto que Dios te llama entre sus elegidos, hija mía. Es preciso que vengas con frecuencia... Tráemela, Mariano, ¿verdad? Y aprovechaba los momentos de sentir el placer del último roce, mientras majestuosamente trazaba en el aire una cruz á modo de bendición y retiraba modesto la mano para rehuir el beso de Soledad.

—Todo se ha arreglado, hija mía, decía Don Mariano á Soledad al volver á entrar en su habitación—; el cardenal ha quedado contento de ti, encantadora hipocritilla (aquí una palmadita en la ardiente mejilla de la joven) y tendrás en él un buen defensor. Ahora es preciso que no sólo seas buena con él, ya me entiendes (aquí un cariñoso apretón en las manos). Yo haré que la felicidad vuelva á sonreirte. ¡Eres tan digna de amor!

Diciendo estas palabras, la atrajo hacia sí con dulzura y la besó en la frente. La joven hizo un movimiento de espanto para desasirse, y él la retuvo por la cintura.

—No seas tonta, escucha; el espíritu no es culpable de las flaquezas de nuestro cuerpo... Todo puede arreglarse. En el convento estarás bien, mejor que aquí... Hay misterios que no *conoces*.

—¿Y mi hijo?—balbuceó la infeliz sin darse cuenta de la situación.

—¡Calla! No pronuncies esa palabra, una criatura que arraiga en tus entrañas sin amor no es un hijo; para tener un hijo es preciso la voluntad de engendrarlo...

—¿Qué dice usted?

—La verdad. ¿Tú has pensado en el hijo en tus momentos de locura?

—No sé... creo que sí... de un modo vago... yo le quería... y un hijo suyo era la bendición de Dios sobre nuestro cariño.

—¡Qué ideas! ¡A qué grado de perversión te ha llevado ese hombre! ¡El mal es mayor de lo que yo creía!

—¡Padre Mariano!

—Sigue, oye... ¿Deseaba él tener un hijo?

—No—murmuró la joven, bajando la cabeza.

—Lo ves, él deseaba sólo tu perdición, la satisfacción de un grosero apetito carnal...

Se irguió ella:

—No, no, Padre Mariano, por caridad, él no me ama ya, ó tal vez me ama y es bastante cobarde para sacrificarme á su interés... Pero él me ha amado... No mancille usted con una duda el recuerdo de los días santos de mi vida...

—¡Desdichada!

—El decía, y tenía razón, que la vida es un don amargo, que era piadoso no perpetuar en nuevos seres el dolor de vivir; que no debíamos ser responsables de las desdichas de un ser traído á la tierra por nuestro amor.

—¿Y tú creíste todo eso? ¿No viste la asechanza y el desamor en sus palabras? ¿No viste su cobardía? Que preparaba de antemano el rompimiento, el abandono.

—Tenga usted misericordia.

—Le das la razón aun cuando dices que no es humano dar vida á seres malditos.

—¡Padre!

—Malditos, como lo son todos los hijos del vicio, como lo sería tu hijo si naciera.

La joven lloraba desconsolada.

—Pero tú puedes salvarte aún, me tienes á mí... esa criatura concebida por tu debilidad y la lujuria de tu amante, no debe nacer. ¿Sabes? Lleva un estigma...

—¿Pero?

—Es preciso que tomes un abortivo...

—¡Un crimen!

—No; aún no es una criatura consciente. ¡Quién sabe si libramos al mundo de un gran criminal! ¡Cuando Dios lo quiere!

—¡Eso es imposible!

—No me repliques. La mujer tiene derecho á disponer del fruto de su vientre para evitar mayores males... Déjame obrar. Dentro de algunos días tú estarás curada... de tu opilación... todas las murmuraciones se acallarán... Luego... Ven al convento... el dote te lo daré yo... salvarás el honor... harás la felicidad de los tuyos... serás respetada... y no te ha de faltar protección... amor... caricias... Me tienes á mí... Sé mía...

Se había levantado, con la mirada lúbrica, encendida y se acercaba á Soledad hasta tocarla con el aliento.

Ella lanzó un grito.

—¡Socorro! ¡Herminia!

Retrocedió el sacerdote pálido y desconcertado.

—¡Calla, infeliz, calla! No me calumnies; no tuerzas el significado de mis intenciones... Eres una ingrata digna de que te abandone á tu suerte.

—¡Perdón!—balbuceó ella asustada, vencida.

—Cuando seas digna de él... Cuando me avises de que estás dispuesta á entrar en el convento, á que libremos tu seno de ese hijo...

Se alzó majestuoso, y envolviéndose con calma en su manteo, salió de la estancia, mientras ella lloraba desesperada, pidiendo por instinto protección al ser más débil y que más la podía fortalecer.

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Amparadme! ¡Yo seré fuerte para salvarte!

Y como si viera en su imaginación el abandono en que la sumergía la traición del amante, la tristeza del hijo sin padre, de los dolores maternales sin el cuidado del que los causaba, sacudió su cabellera negra con rebeldía, exclamando:

—No necesito á nadie. Mi hijo no tiene padre. ¡Es mío sólo! ¡Se obró un milagro de amor en mis entrañas!

V

Desde entonces Soledad temía algo, no salía de su cuarto, no se atrevía á tomar más alimento que huevos pasados por agua. Pensaba en una droga que le arrebatara el hijo, el resto del amor que quería salvar á toda costa. Empezaba á conocer la vida bajo una fase nueva que la indignaba y la hacía anegarse en rebeldía. Todas las hipócritas, las envidiosas murmurarían de ella, aprovecharían su amor para humillarla; las viejas preocupaciones de su familia la anodadaban con su peso. Las mujeres le negarían apoyo, los hombres irían en pos suyo como detrás de una presa de vicio. Ninguno le ofrecería ya un amor honrado ni ella se atrevería á engañar al que la buscara con su vestido blanco de burguesita. Se habían deshojado sus azahares antes de ir á la iglesia y habría de llorar su confianza como una falta: su generosidad en entregarse á un hombre sin el contrato legal, como un crimen. Lo que más le dolía era la traición del amante que se alejaba de su lado en pleno idilio, por un cálculo meditado. No le amaba ya. Veía que sus ilusiones habían sido un espejismo, un monólogo en el que ella lo ponía todo, hablando por él para convertirlo en diálogo. Su amante le resultaba un simple maniquí adornado por ella. Pero quedaba algo real de aquel ensueño: el hijo, ¿porqué había de sacrificarlo? ¿A qué? Despreciaba toda aquella humanidad, á la cual no se creía pertenecer. De su *casta* no habría más que el hijo. Un bastardo de Girón, que no llevaría el título de marqués de Toledo, pero que con su noble sangre heredaría las altas virtudes de la familia. De su deshonor nacería tal vez la gloria de su estirpe.

Se apoderó de ella un ansia loca de vivir, de ser libre, de romper aquel círculo estrecho de la ciudad y de la casa en que se ahogaba. De conocer la más sublime de las alegrías humanas: la libertad.

Su conciencia no le argüía de hallarla culpable; su delito había sido sinceridad y amor. Haber amado mucho. ¿Pero contra quién era ese delito? Sólo contra una cadena de estúpidos convencionalismos, no contra nada divino ni humano.

¿Y la víctima, en todo caso? Sólo ella, por haberse dejado llevar de sus sentimientos, cuando leyes y costumbres ponían en lucha á la naturaleza consigo misma. ¿Había derecho á exigir de un ser que muera sin haber amado, sin conocer la caricia del beso de un amante y la caricia de unos infantiles bracitos blancos? ¿Cómo sustraerse á la ley eterna del amor, que sonríe desde las bestias á las flores?

Era preferible morir á someterse: quería huir. ¿Pero á dónde, y cómo? No conocía el mundo, no tenía dinero, nadie le prestaría apoyo... Ni por un momento pensó en Manuel; Manuel había muerto para ella. Nada hubiera aceptado ya de él. Se aferraba á la idea de que el hijo era sólo suyo, al deseo de salvarse con él ó morir llevándolo en su seno. Fatigada de llorar, se quedó dormida.

La familia estaba reunida en torno de la mesa. Doña Solita, Aurora y Enriqueta hablaban en voz baja, mientras Herminia permanecía silenciosa, y, sin embargo, todas las miradas se volvían á ella. Era preciso que convenciera á su hermana para tomar aquellos papelitos facilitados por Don Mariano. Aquella muchacha se había decidido á dejarse morir en silencio. Era desesperante el verla siempre inmóvil, muda, aceptándolo todo con pasiva resignación, pero aferrada á conservar el fruto de la liviandad que traía el deshonor de la casa. Herminia era la más allegada á ella; la amaba y la atendería. Era preciso que la hiciera tomar la droga salvadora... y Herminia aceptó al fin. Le hablaría á su hermana al alma, la suplicaría, la obligaría si necesario fuese. Era menester que la dejasen sola.

Aquella misma noche se arreglaría todo. Entró despacio en la alcoba de Soledad. La joven reposaba. Se acercó de puntillas al lecho. Su hermana, pálida, ojerosa, con los ojos cerrados, parecía una muerta. La mano, afilada y blanca, pendía fuera de la cubierta del lecho, y los cabellos formaban un marco al rostro. En su actitud había un gesto de dolor. Se detuvo Herminia á contemplarla. ¿Por qué era culpable Soledad? Algo en el fondo de su alma la absolvía. Veía una huella en su frente que la nimbaba como aureolándola. La huella de una virginidad perdida. Y, á pesar suyo, sentía como el peso de su propia virginidad. Se remontaba á los recuerdos á los sueños borrados; á la época de su juventud, cuando Soledad era niña y á ambas las sonreía lo por venir. Ahora era una vestal forzosa, sacrificada para conservar el fuego sagrado de la familia estéril. La acometía una visión extraña de vida. De una vida que no era la sombría parodia de cadáveres vivos, mutilados, en aquel palacio. La tía Solita había castrado en ellas lo más noble de los seres: la libertad y el amor. Veía claramente su infancia, jugando con santos en vez de muñecas; su juventud entre sacerdotes y confesonarios, en vez de las confidenciales charlas de amistad. Contemplaba á su hermanita niña, dormida bajo su protección de hermana mayor, y llena de ternura se inclinó á tomarle la mano y estampó en ella un beso.

Se estremeció Soledad al sentir la caricia y abrió los ojos. Miró un momento á Herminia entre los vapores del sueño, y luego, rodeándole los brazos al cuello, rompió á llorar con desconsuelo. Una explosión de cariño y confianza era rara en el ambiente frío y metódico de aquella casa. Herminia lloraba también, cubriendo de besos á Soledad.

—¡Nena, nena mía, cálmate!

Pasada la explosión de cariño, las dos hermanas se tranquilizaron. Soledad, sollozando, se lo contó todo á Herminia; sus amores y sus desengaños, el dolor y la desesperación que llevaba en el alma. La pobre solterona sentía con aquella niña, se identificaba con ella; pero tenía que cumplir una misión. La abrazó cariñosa. Era preciso olvidar todo aquello. Su tía estaba dispuesta á perdonarla; recobraría la estimación de todos, la tranquilidad, si era dócil y buena.

—¿Cómo?—preguntó Soledad.

Sacó Herminia la caja que llevaba en el pecho. Era preciso tomar aquella medicina libertadora.

—¿Pero tú sabes lo que dices, la infamia que me propones?

—Infamia, no. Don Mariano es un sacerdote, y cuando él lo hace es para evitar mayores males, para librarte de la deshonra.

Se exaltó Soledad. ¡Conque aquello era cosa de Don Mariano! Un sacerdote indigno que quería abusar de su situación. Y su propia familia iba á proponerle la infamia. Se creían que se recobra la honra así, faltando á los deberes naturales más sagrados, cometiendo el crimen de asesinar á una criatura, dándole por sepulcro sus entrañas.

La palabra *crimen* asustó á Herminia.

—¡Un crimen dices! ¡Pero si esa criatura no vive aún!

—¡Que no vive mi hijo! ¡Oyelo!

Separó con un ademán violento las ropas que

le cubrían y acercó á su vientre desnudo la mano de su hermana. Allí dentro se sentía el roce de una criaturita, un movimiento suave, de rotación. La solterona retiró la mano como si hubiese recibido una quemadura... y bien presto la volvió á acercar con cariño.

—¡Vive! ¡Vive! ¡Tienes razón! ¡Qué pequeño debe de ser!

—¡Como el niño de la Virgen!

El Niño Jesús de la Dolorosa del salón era el juguete sobre el que habían reconcentrado el instinto de su amor maternal. Todas aquellas mujeres le cuidaban, le besaban, le cosían vestiditos, y en las noches de frío, alguna le abrigaba amorosa contra su pecho. Herminia tuvo la visión de una encarnación del niño Jesús en las entrañas de su hermana. De ellas nacería un niño de carne, con sonrisas para alegrar la casa. Lo llevarían en brazos como la Virgen Madre al suyo. De pronto tuvo una idea aterradora.

—¿Y esta medicina lo mataría?

—Sí, mataría á mi hijo, y yo no quiero vivir sin él. ¡Si al menos nos matara á los dos!

Herminia se levantó temblorosa, abrió la ventana y vertió en el aire los polvos fatales.

—¿Qué haces, hermana?—preguntó Soledad.

—Nada—dijo ella, cerrando la falleba—; nada. Tiro eso que me habían dado para que lo tomaras... Nuestro niño debe vivir.

Por un milagro de su sentimiento, la pobre mujer tomaba una parte en la maternidad de su hermana. ¡El hijo era de las dos.

Después de un momento de silencio, mientras Soledad lloraba, Herminia volvió á hablar:

—Yo he estado ciega, Soledad; hoy te disculpo... Perdóname mi desamor...

—¡Perdonarte! ¿De qué? Me haces tanto bien...

—Es preciso que salgas de aquí, que vivas, que seas feliz...

—¿Cómo?

—No sé; pero la Virgen me iluminará...

—No tenemos dinero.

—Lo buscaremos.

—¿Dónde?

—¡Calla!... ¡Qué idea!... La Junta de Santa Cita... la caja... Tía Solita...

—¿Qué dices? ¡Eso es un robo!

—¿Robo?... No. Ese dinero es nuestro... es para nuestro niño Jesús. Le haremos un vestidito bordado en lentejuelas.

VI

La mañana amaneció fría y lluviosa; apenas la luz primera de la aurora empezó á clarear en el campo, la puerta de la casa de Doña Solita giró sobre sus goznes, y dos mujeres, vestidas de negro, aparecieron en el umbral. Por un momento las dos se unieron en estrecho abrazo, sonó un beso largo y la voz de Herminia murmuró muy bajito:

—Toma; aquí tienes la ropa... y el bolsillo... son tres mil pesetas que había en la caja... La tía tiene medios de evitar que esto se sepa... lo repondrá con cualquier rifa... Es más justo que sean para ti... para nuestro niño... el otro no siente el frío...

Soledad tomó los objetos que su hermana le entregaba.

—Ya sabes...—continuó ésta—; vete á la estación... En Madrid busca á Doña Dolores... Ella no cree en Dios, pero es muy buena. Te dará colocación... Vive para el niño... Sálvate, sé feliz...

Un sollozo le cortó la voz.

—Pero ¿y tú?

—Yo iré algún día... debo cuidar á la tía, consolarla... ella nos crió... Pero vete, huye, no te detengas. Nadie se atreverá á molestarte velando por el honor de la familia.

Sonó otro beso y Soledad salió á la calle. La puerta se cerró sin ruido, á sus espaldas. Vaciló un momento. En aquellos instantes, detrás de aquellas tablas, quedaba enterrada toda su vida, cortada de un hachazo. Iba á la gran ciudad, sola, á luchar por su hijo, en busca de la vida... Pero iba con el alma destrozada, incapaz de ser ya feliz.

Maquinalmente tomó el camino de la estación, absorta en sus pensamientos, y no se detuvo hasta pasar por el puente de Alcántara. Allí, antes de perder de vista la ciudad, se volvió á contemplarla. La vió dormida entre la bruma de la mañana, con su aspecto de vieja fortaleza. Divisó las cuatro torres del Alcázar y el alto remate gótico de la catedral. Fuera de las famosas puertas se tendía la vega, el barrio pobre de la antigua judería con sus casas chatas, y á sus pies la corriente del río, teñido de blanco entre la serena calma matinal. A su izquierda, las ruinas del castillo de San Servando aparecían coronadas por una gigantesca cruz de hierro, una cruz alta, con los brazos tendidos al aire, puesta en medio del campo para conmemorar la entrada del nuevo siglo, y que parecía cerrar, como la losa de una tumba, la vida de la histórica ciudad. Le pareció que aquella cruz sellaba su corazón como un epitafio. Una existencia que desaparece es algo que muere en nuestras almas, es la muerte de nosotros mismos. Volvió á sentir el deseo de morir. ¡Un momento de valor puede dar el descanso eterno!

Rozándola casi, pasó rápido, á toda marcha, un automóvil, que dejó grabada en la retina de sus ojos una imagen temblorosa de amor, de dicha, sin saber por qué la vida se imponía tiránica como una necesidad imperiosa.

Se oyó á su lado el cascabeleo del coche de la estación. Una voz amiga la llamó por su nombre.

—Señorita Soledad, suba usted al coche. ¿Va usted á Madrid también?

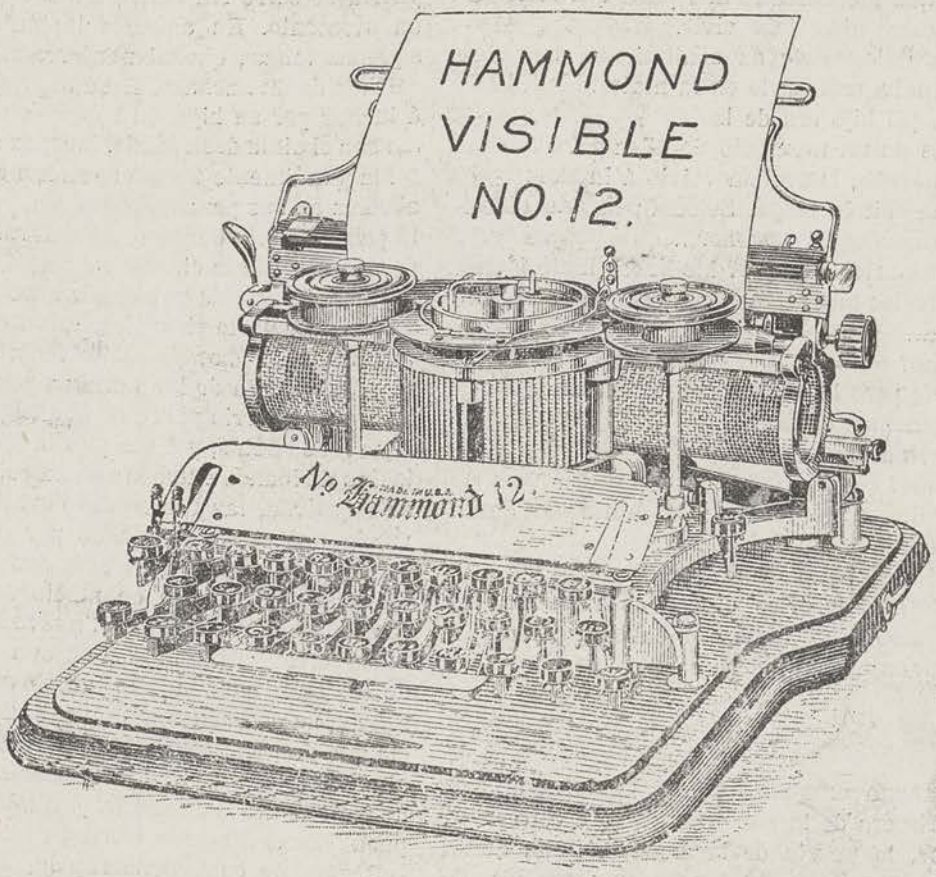
Era uno de los mozos que hacían el tráfico de la estación.

Soledad hizo un gesto de asentimiento y subió al vehículo.

Resonaron de nuevo las campanillas del tiro y crujir del maderamen. La ciudad se perdió de vista... Soledad iba á la vida con la muerte en el alma. Obedecía á la funesta necesidad de vivir.

Carmen de Burgos

LAS MAQUINAS DE ESCRIBIR



HAMMOND

SON LAS MÁS SÓLIDAS, DE MÁS RESISTENCIA Y MÁS PERFECCIONADAS DE CUANTAS EXISTEN

Escritura completamente á la vista.—Cintas de dos colores.—Cambio instantáneo de carácter de letra é idioma.—Las únicas con tecla de retroceso.—Las únicas que no pueden desalinear.—Las únicas de impresión automática

VENTAS AL CONTADO Y A PLAZOS

Agente concesionario: RAMIRO GARCIA SUAREZ

MADRID: Carrera de San Jerónimo, 30.-BARCELONA: Fernando, 49

Novedades norteamericanas y muebles para escritorio